

RAFAEL SIMANCAS
Secretario de Formación del PSOE

PRESENTACIÓN

EUROPA, DEMOCRACIA, BIENESTAR

El presente trabajo recoge las aportaciones realizadas por una decena de socialistas insignes en una serie de seminarios celebrados durante la primavera-verano del año 2012, bajo el título genérico de “Socialdemocracia y Economía” en la sede histórica de Ferraz (Madrid).

Las sesiones se desarrollaron a partir de tres grandes referencias. Joaquín Almunia y Francisco Fernández Marugán trataron sobre la relación entre “Socialismo y mercado: el gobierno de la economía”. Soraya Rodríguez y Concha Gutiérrez se centraron en el componente laboral: “Socialismo y trabajo”. Y Ramón Jáuregui junto a Pedro Saura completaron el dibujo con sus alocuciones sobre “Socialismo y fiscalidad”.

La “jefa” económica del PSOE, Inmaculada Rodríguez-Piñero, estableció la “doctrina” oficial, es decir, el discurso sobre la política económica de nuestro partido. Y Valeriano Gómez, portavoz parlamentario en la Comisión de Economía, recogió algunas de las conclusiones del encuentro.

El resultado de toda esta labor, enriquecida por cientos de aportaciones en multitud de debates abiertos, queda reflejado en estas páginas.

Durante un tiempo, a la economía se le negaron los apellidos. No había economía de izquierdas o economía de derechas, ni tan siquiera economía progresista o economía liberal-conservadora. La economía era “correcta” o “incorrecta”. El pensamiento único se imponía como un dogma a salvo de críticas y alternativas. A pesar de que la aplicación de tal pensamiento se ha saldado históricamente con éxitos parciales (para unos pocos) y con fracasos globales (para las mayorías).

Desde el triunfo de los socialistas franceses y la aparición en la escena europea del Presidente Hollande, las cosas han cambiado. La economía ha recuperado sus apellidos. El PSOE y Rubalcaba siempre lo tuvieron claro. Defendemos una economía con apellido socialdemócrata. Junto a nuestros compañeros, los socialistas europeos. Y a continuación se ofrecen algunas pistas sobre lo que esto significa.

Europa

Los tres términos más repetidos en el desarrollo de los seminarios sobre “Socialdemocracia y Economía”, organizados por la Secretaría de Formación del PSOE durante la primavera-verano de 2012, fueron precisamente estos: Europa, democracia y bienestar. Quizás porque estos tres conceptos son los que mejor identifican, desde una perspectiva progresista, los problemas, los desafíos y también las soluciones del tiempo que vivimos.

Lo es Europa, desde luego. El otrora modelo de desarrollo solvente y equilibrado, la inspiración perenne para los procesos de integración

económica y política en todo el mundo, constituye hoy el epicentro de una crisis gravísima, que nació en Estados Unidos, que fue global, y que hoy es una crisis fundamentalmente europea.

En estos días, las preocupaciones de Madrid, de Roma, de París, de Berlín, pero también de Nueva York, de Pekín y de Brasilia, están situadas en Europa. Preocupa la envergadura de su deuda, la viabilidad de su moneda, la solvencia de sus bancos, la capacidad de sus instituciones, y la diligencia de sus dirigentes. El mundo sigue de cerca cada reunión del Consejo Europeo, cada decisión de la Comisión Europea, cada debate del Parlamento Europeo. Y las sensaciones van variando de la expectación, a la frustración, el pesimismo y el enfado.

La percepción general es que la crisis ha sorprendido a los europeos y a sus instituciones comunes en una situación comprometida. Europa parece atrapada en una trampa. No puede retroceder ya hacia el tiempo en el que los Estados nacionales contaban con los instrumentos contracíclicos más tradicionales, como la devaluación de la moneda. Pero tampoco es capaz de avanzar lo suficientemente rápido hacia el tiempo en el que los instrumentos comunes podrán suplir a aquellas viejas herramientas, por ejemplo protegiendo a las deudas soberanas de los ataques especulativos.

En este contexto hay quienes pretenden escapar por la puerta trasera, renacionalizando las decisiones. Otros apuestan por acelerar la integración económica y política. Y, como siempre, unos cuantos optan por no moverse. Los socialistas peleamos por salir de la crisis con más Europa. Solo una Europa unida y eficaz permitirá superar esta situación crítica conforme a nuestros valores de progreso, justicia y equidad.

Ciertamente no existe un “demos” europeo. Es muy poco lo que pueden compartir culturalmente un andaluz con un bávaro o un lapón.

Pero lo que no excita el “ethos” común, deberá aconsejarlo un ejercicio de pura racionalidad. Si el reto es global y las soluciones son globales, empeñarse en las estrategias nacionales de corto alcance puede llevarnos al suicidio.

Los europeos éramos el 25% de la población mundial en los finales de la segunda gran guerra, y no había forma de concebir la organización política y económica de la Humanidad sin contar con el viejo continente. Hoy apenas representamos el 5% de los habitantes del planeta, y hace tiempo que Europa dejó de ser relevante en el contexto internacional. Juntos tenemos una oportunidad. Por separado, estamos condenados a la irrelevancia definitiva.

Los socialistas proponemos más Europa por valores. Porque Europa es el camino para avanzar en prosperidad y en derechos de ciudadanía. Pero un pensamiento circunscrito al interés individual de cada uno de nosotros, nos llevará exactamente a la misma conclusión.

Democracia

El segundo concepto más citado en nuestros seminarios ha sido el de “democracia”, o lo que es igual, la política democrática.

La política está en el origen mismo de la crisis. Fueron decisiones políticas las que posibilitaron en el mundo la desregulación de los mercados financieros y la proliferación especulativa de sus productos “tóxicos”. Y fueron decisiones políticas, por acción y por omisión, las que dieron lugar en España al burbujeo inmobiliario.

Si la política estuvo en el inicio, la política debe estar en el final. Si la política fue la causa, la política ha de ser la solución. La política democrática.

Acelerar la unión económica, monetaria y bancaria en la Unión Europea es una resolución política, como lo es otorgar al Banco Central Europeo la función de impulsar el crecimiento, o flexibilizar los plazos en el proceso de consolidación fiscal, o establecer una fiscalidad suficiente, progresiva y valiente para sostener las políticas de bienestar.

Aciertan quienes identifican la crisis económica como el síntoma de una enfermedad que se llama crisis política y crisis democrática. En Europa ha fallado el ejercicio de la política y han fallado las instituciones democráticas. Y las dificultades económicas son tan solo la consecuencia práctica de un problema de fondo. La crisis económica es el sarpullido. La patología es de naturaleza política.

Buena parte de la ciudadanía europea entiende que la política democrática ha abdicado de su responsabilidad a la hora de administrar el espacio común que compartimos. Y ahora son otros los poderes que adoptan las decisiones. A menudo, estos poderes no son democráticos, y a menudo los intereses que defienden no son los intereses generales.

Alguien podría hacer hoy una encuesta a escala europea con una sola pregunta: “¿Qué instancia resulta más influyente en el desarrollo de esta crisis económica y en sus repercusiones sobre su trabajo y su bienestar, el Parlamento que usted eligió con su voto o el banco Goldman Sachs?” La respuesta es tan evidente como preocupante.

Aquellos que dirigen la respuesta institucional a la crisis, exigiendo constantes sacrificios a la población, carecen de una mínima legitimidad democrática. ¿Quién es el señor Rehn? ¿O el señor Juncker? ¿O el señor Draghi? ¿Quién ha elegido a estos señores para que decidan por todos los demás? ¿Por qué los representantes

legítimos de la ciudadanía europea se pliegan a las recetas discutibles que dictan estas personas?

En estos días se ha sabido que el anterior gobernador del Banco Central Europeo dirigió en el verano del año 2011 una carta al Gobierno español exigiéndole la adopción de determinadas medidas como contrapartida para su intervención en el mercado secundario de deuda. Al parecer el tono de la carta era imperativo. ¿Con qué derecho democrático?

Y, al parecer también, el contenido de la carta versaba, no sobre política monetaria, sino sobre ¡cambios legales en el derecho laboral! Los tecnócratas de Frankfurt extorsionaban a un Gobierno legítimo para que torciera su voluntad democrática impulsando modalidades de contratación laboral sin derechos para los trabajadores. Se trata de un comportamiento intolerable, pero no de un comportamiento extraño o aislado. La supeditación de la política democrática a la tecnocracia es un hecho tan incomprensible como cotidiano en Europa.

Los ciudadanos europeos son conscientes de que se les ha hurtado un debate político e ideológico en torno a las decisiones a adoptar para hacer frente a la crisis. Sin discusión previa y sin contraste democrático alguno, los partidarios del “pensamiento correcto” han impuesto el recetario de la “austeridad suicida”, y amenazan con no soltar el acelerador hasta que nos estrellemos todos.

La victoria socialista en Francia, los posicionamientos anticíclicos del presidente Hollande y los agobios de Monti y Rajoy en los mercados de deuda, están forzando un cambio de tendencia. La ortodoxia germana ya encuentra contestación en el seno del Consejo Europeo, y la política comienza a entrar en juego. Frente a la austeridad a toda costa, se plantean programas de crecimiento en clave keynesiana. Frente a los

calendarios estrictos, se anteponen los intereses flexibles. Frente a la Europa encallada, se apuesta por desplegar las velas de la Unión.

Es importante que cambien las políticas, pero a efectos de la comprensión y el respaldo legitimador de la población europea, resulta aún más relevante que las nuevas decisiones se expliquen, se consulten y se adopten con respeto a las instituciones que nos hemos dado para evitar que el pensamiento (y los intereses) de unos pocos se imponga sobre el pensamiento (y los intereses) de la mayoría.

Bienestar

El bienestar social es el tercero de los epígrafes más reiterados en los debates sobre socialismo y economía. Tiene sentido, porque las implicaciones más graves de la crisis financiera están teniendo lugar sobre las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos de la sociedad. El desempleo galopante, los continuos recortes en las políticas de bienestar y la exclusión social creciente representan el paisaje tras la batalla. Y los únicos que no pueden escapar de este paisaje son aquellos que nada tuvieron que ver con la declaración de la guerra y que nunca obtuvieron parte del botín.

Además, los gobiernos conservadores, en España, sin ir más lejos, han utilizado la crisis como coartada para aplicar algunos de sus programas más anti-sociales. El ideario neoliberal ha encontrado en el argumento de “sacrificarse para salir de la crisis” la oportunidad histórica para reducir el papel del Estado a su mínima expresión, sobre todo en lo relativo al ejercicio de los derechos sociales de los ciudadanos.

La desregulación de los mercados laborales está rompiendo el equilibrio tradicional de poderes entre patronal y trabajadores en el

seno de la empresa. Las reformas emprendidas por la derecha desarman al trabajador, le privan de sus derechos laborales más elementales, y dejan en manos del empresario la decisión unilateral sobre cuestiones como el salario, la jornada, el horario, la movilidad, el despido colectivo... Al desautorizar los convenios sectoriales, más de un 80% de los trabajadores, todos los contratados por empresas medianas y pequeñas, carecen ya de un escudo protector elemental para la defensa de sus derechos e intereses.

La exigencia institucional para ajustar drásticamente los déficits públicos mediante plazos draconianos no solo conduce a la austeridad suicida y la condena del crecimiento. Los ajustes brutales sobre el presupuesto público están afectando gravemente a los capítulos del gasto destinados a la atención de las necesidades más básicas de la población. De esta manera, en España se ha puesto fin a la universalidad de la atención sanitaria, al acceso equitativo a la universidad y al desarrollo de la Ley de atención a las personas dependientes.

La respuesta de la socialdemocracia debe ser contundente en defensa del modelo social que identifica la idea de Europa y que legitima sus instituciones. La izquierda europea ha de luchar para mantener y recuperar un Estado de Bienestar hoy jibarizado a causa de la aplicación de las recetas neoliberales.

Pero los socialistas no podremos limitarnos a una estrategia de resistencia. Millones de ciudadanos europeos, especialmente en los países “intervenidos”, viven hoy amenazados por la pobreza, la marginalidad y la exclusión social. En España, por ejemplo, la cobertura social al desempleo ha pasado del 80% en 2008 hasta el 62% en el verano de 2012, y cada mes que pasa la cobertura desciende un punto porcentual.

Los progresistas de Europa han de impulsar un Programa de Emergencia Social que contribuya a cubrir las necesidades sociales más elementales para todas las personas que han sido arrojadas al paro y la precariedad como consecuencia de la crisis y las estrategias erradas en su combate.

Un Programa de Crecimiento y un Programa de Emergencia Social son las iniciativas más urgentes que la izquierda debe promover en las instituciones europeas, desde sus principios solidarios y desde su voluntad de atender el interés general en un horizonte de recuperación económica y social.

Reinventar la izquierda

¿Está la socialdemocracia preparada para ofrecer respuestas eficaces?

Muchos progresistas europeos han recibido la victoria de los socialistas franceses con un sentimiento ambivalente. El triunfo de Hollande es una gran noticia que abre nuevas posibilidades para cambiar el rumbo de la política europea, superando el bucle del ajuste que lleva a la recesión y que vuelve al ajuste, y promoviendo estrategias anticíclicas de índole keynesiana.

Tal posibilidad no debería postergar, sin embargo, el debate (aún) pendiente en torno al futuro de la socialdemocracia. Ganó Hollande, los laboristas recuperaron terreno y hasta vuelven las esperanzas para el SPD en Alemania. Pero sería un error interpretar el castigo a los administradores de la crisis también en Francia como el triunfo definitivo de las ideas de la izquierda en Europa. Ni tan siquiera como un punto de inflexión irreversible.

El triunfo de la izquierda francesa debería contemplarse como una nueva oportunidad (puede que la definitiva) para revisar las estrategias políticas de la izquierda europea desde una posición influyente, y no como un espejismo para el regocijo y el inmovilismo.

La socialdemocracia (aún) debe adoptar una decisión: reinventarse o fenecer. O cambia de objetivos, de contenidos, de formas y de actitudes, para convertirse en una fuerza con respuestas útiles a los retos del presente y del futuro, o acabará cediendo espacio político e influencia poco a poco. Aunque gane de vez en cuando alguna elección por razones circunstanciales, como el descarte del contrario.

A pesar de los buenos datos puntuales que llegan de las generales francesas, de las regionales alemanas y de las municipales británicas, el peso político, los respaldos electorales presentes y las expectativas futuras para la socialdemocracia europea aún están por debajo de lo que representó esta fuerza en la segunda mitad del siglo XX, y muy por debajo de lo preciso para constituir una fuerza determinante en este siglo XXI.

Los partidos socialdemócratas europeos aún recogen los dividendos de sus logros históricos incontestables durante la segunda mitad del siglo XX: la conquista de los derechos en el trabajo, los grandes pactos de rentas, la construcción del Estado de Bienestar y las prestaciones públicas que han asegurado durante muchos años una vida digna a millones de seres humanos. Importantes conquistas, sin lugar a dudas, pero los ciudadanos del siglo XXI otorgan sus favores electorales en función de sus expectativas de futuro y no de sus recuerdos del pasado. Además, algunos de aquellos logros sufren hoy un serio retroceso a causa de la crisis económica que nos asola y de la que los socialistas no hemos sido totalmente ajenos.

Las transformaciones más decisivas que han de llevar a cabo las fuerzas socialdemócratas están relacionadas sobre todo con la actitud. La izquierda pierde cuando se hace conservadora. El socialismo es, por definición, proclive al cambio y a la búsqueda de nuevas metas conforme a sus valores de igualdad y emancipación. La defensa de lo conquistado es una obligación moral, pero es mejor salir a campo abierto para ganar nuevas batallas que encerrarse en el castillo de la historia.

Los socialistas harían bien en erradicar de su faz las arrugas del pesimismo crítico permanente, y sustituirlas por la sonrisa jovial de la determinación y la confianza en un futuro mejor.

Una nueva dimensión

Además, los socialistas deben pensar y actuar en una nueva dimensión. Los problemas son de índole global, y las soluciones no pueden limitarse al pequeño espacio de nuestros viejos Estados nación. Unos Estados Unidos de Europa tendrían dificultad ya, incluso, para acompañar sus pasos respecto a las grandes potencias del futuro anticipado: Estados Unidos, China, India, Brasil... Pero a pesar de ser conscientes de este problema, los socialistas seguimos atentos al control de nuestra pequeña parcela. Más vale cabeza de ratón... Y al ratón se lo come el gato, tarde o temprano.

Nos desgañitamos exigiendo un gobierno económico para Europa, que embride los nacionalismos periclitados, que impulse una fiscalidad común, con fuerza para plantar cara a los más pudientes y hacerles pagar el tributo debido al bienestar colectivo. Reclamamos la cesión de la soberanía nacional, pero no somos capaces de ceder la soberanía orgánica. ¿Qué socialista español, incluidos los dirigentes, conoce el

nombre del actual Presidente del Partido Socialista Europeo? ¿Y el del anterior? ¿Y el del anterior al anterior? Hasta que los socialistas de Europa no pongan en común sus fuerzas y sus esperanzas, cada célula local, regional o nacional mantendrá un tiempo su luz autónoma, pero la luz acabará por apagarse.

Lo realmente relevante, no obstante, es el ámbito de las ideas y las políticas. No fue la expectativa del poder, ni la voluntad de ganar elecciones, ni una decisión táctica en el gran tablero del juego político lo que movió a miles de socialistas a fundar sus partidos y a defenderlos tanto en tiempos de bonanza como en épocas de persecución y sufrimiento. La fuerza de la izquierda está en la superioridad moral de sus valores y en el horizonte utópico de sus promesas de justicia. La fortaleza de la izquierda está en sus ideas. Por eso es tan importante actualizarlas y sacarles brillo con el debate abierto y franco en su base social.

Frente a lo que mantienen los teóricos del fin de las ideologías, la dialéctica que ha movido el mundo político durante el último siglo es la dialéctica derecha-izquierda, y su correspondencia en la tensión entre el interés privado y el bien común. El pacto de posguerra y el temor al avance soviético mantuvo esa tensión en equilibrio hasta la caída del Muro. Desde entonces, la hegemonía de la derecha en el plano de las ideas y la globalización de los intereses privados promovió el triunfo de la codicia, la acumulación y la desigualdad.

El objetivo hoy consiste en alcanzar un nuevo equilibrio entre el interés privado y el bien común, entre la libertad y la igualdad, en una nueva síntesis de justicia global. Esta nueva justicia global es la utopía socialdemócrata en el presente siglo.

Recuperar la utopía

El pragmatismo de los socialistas en la responsabilidad del poder es legendario, hasta el punto de hacernos perder de vista el horizonte de vez en cuando. Sin embargo, la igualdad siempre fue una guía fiable para mantener el rumbo. La equidad, la libertad y la justicia social han sido los principios que cimentaron nuestras propuestas y nuestras acciones. Son, además, los valores mayoritarios entre los españoles. Mientras formen parte de los cimientos de nuestro comportamiento, no nos equivocaremos.

Los socialistas supimos siempre también diseñar programas máximos ilusionantes y movilizadores. De difícil realización, pero nunca imposibles. Lo fueron en su día el fin del trabajo infantil, la jornada de 40 horas semanales, el voto femenino y la sanidad universal gratuita.

En la actualidad, la utopía socialista pasa por una nueva alianza entre la socialdemocracia, el emprendimiento y los avances científicos y tecnológicos, para forjar un nuevo modelo económico que combine la vigencia de los mercados regulados con la garantía de la prosperidad, el pleno empleo y los derechos laborales como condición inexcusable para la participación en los intercambios globales.

Este nuevo horizonte debe incluir también un gobierno global que asegure la paz, el progreso equilibrado y los derechos sociales básicos a toda la población, mediante una fiscalidad transnacional suficiente, progresiva y justa, en la que contribuyan más los que más tienen.

Pero no nos olvidemos de las formas: una democracia a la altura de las demandas de participación de nuestro tiempo. Gobiernos abiertos, administraciones transparentes y cauces de cogestión democrática para una ciudadanía plenamente consciente de su voluntad y de su

derecho a ser protagonista de su propio futuro. Y los partidos socialdemócratas, al frente de estas exigencias.

O la socialdemocracia europea ofrece las respuestas y las esperanzas que las mayorías están esperando, o lo harán otros, sean neoliberales (desigualdad), sean nacionalistas (enfrentamiento), o sean populistas (incertidumbres).

Esa es la opción (aún): Reinventarse o morir.

Diez propuestas socialistas

En la reunión previa al Consejo Europeo del verano de 2012, los representantes de las diferentes organizaciones nacionales integrantes del Partido Socialista de Europa (PSE) desarrollaron un planteamiento propio para afrontar la crisis.

Las propuestas con respaldo mayoritario entre los socialistas europeos pueden sistematizarse en diez medidas:

Flexibilización del ritmo en el ajuste fiscal, a fin de adecuarlo a los objetivos de recuperación del crecimiento y el empleo. Eso sí, flexibilidad sin ajustes adicionales.

Mutualización de la deuda pública y creación de los eurobonos, de forma paralela a la coordinación de las políticas presupuestarias.

Cambio en el estatuto del Banco Central Europeo, dotándole de capacidad para adquirir deuda soberana y mandatándole para que priorice el crecimiento antes que la inflación.

Un programa de crecimiento a partir de inversiones públicas financiadas desde los fondos estructurales congelados y el refuerzo del

Banco Europeo de Inversiones, con la prioridad absoluta de crear puestos de trabajo.

Creación de un presupuesto público europeo, aprobado en el Parlamento de Europa, orientado hacia un cambio en el modelo productivo: energías renovables, I+D+i y redes transeuropeas de transporte.

Reforzamiento de las políticas públicas de bienestar, en la sanidad, la educación y los servicios sociales, además de un programa de emergencia social para cubrir los riesgos de exclusión social.

Una nueva fiscalidad europea, con impuestos a las transacciones financieras, a los depósitos bancarios y a las grandes fortunas, equiparando rentas del capital y rentas del trabajo.

Intensificación del combate al fraude fiscal y a los paraísos fiscales, además de la aplicación de la fiscalidad verde y los principios de “el que contamina paga” y “el pago por uso”.

Creación de una agencia europea de calificación del rating financiero, de naturaleza pública y realmente independiente.

Impulsar la unión política y económica de los 27 Estados hacia una Europa federal.

Se trata de un punto de partida interesante para fundamentar la alternativa socialdemócrata al “pensamiento correcto”.

Una alternativa válida para movilizar conciencias y sumar apoyos. En el horizonte cercano tenemos el reto de las elecciones alemanas e italianas. En el horizonte medio hemos de atender a las elecciones al Parlamento Europeo de 2014.

Una gran oportunidad para la eclosión definitiva del Partido Socialista de Europa, con un programa común y un candidato propio para presidir la Comisión Europea.

Aún dos reflexiones para finalizar.

¿A quién le interesa prolongar la crisis?

Los análisis que se realizan sobre la persistencia de la crisis europea desde otras latitudes son muy reveladores. En Estados Unidos, en Asia y en las potencias emergentes en general cunde la extrañeza por la falta de respuestas eficaces a la grave crisis económica que sufre Europa. La crisis global surgió en Norteamérica hace cuatro años, se extendió rápidamente a todo el planeta y a día de hoy, en general, sus peores efectos ya se están superando.

Sin embargo, la economía europea permanece incomprensiblemente encallada sobre el arrecife griego, que tan solo representa el 3% de su PIB. ¿Por qué Europa no ha adoptado las medidas que han permitido sortear el abismo en otros territorios? ¿Por qué se insiste en una estrategia procíclica que profundiza la inactividad y el desempleo? ¿Por qué las autoridades monetarias europeas permanecen impasibles ante los ataques especulativos sobre las deudas soberanas?

A menudo fijamos la atención sobre quiénes sufren las peores consecuencias de la crisis, como es lógico. Millones de parados, empresarios en quiebra, recorte de derechos, pobreza y exclusión social... Por el contrario, rara vez atendemos a quiénes no solo no sufren, sino que obtienen ventajas en medio del desastre generalizado. ¿La crisis económica en Europa perjudica a todos por igual? ¿Hay quiénes se están beneficiando de la persistencia de la crisis? ¿A quién

conviene que la crisis no se solucione a corto plazo? Las respuestas a estas preguntas pueden resultar de gran interés para conocer las razones auténticas sobre lo que está ocurriendo.

Hablemos de Alemania. ¿A Alemania le conviene solucionar rápidamente la crisis económica en el conjunto de Europa? ¿Qué hay detrás del dogmatismo alemán con las recetas de la austeridad y el ajuste fiscal? ¿Por qué Alemania no permite hacer al Banco Central Europeo lo que están haciendo todos los bancos centrales del mundo para proteger la estabilidad de su moneda e impulsar el crecimiento? Y, a todo esto, si los bancos centrales tienen su sede en las capitales políticas, ¿por qué el banco central de todos los europeos está radicado en Frankfurt?

La realidad es que Alemania está financiando su deuda con un interés ínfimo, a veces incluso negativo, mientras las primas de riesgo castran cualquier oportunidad de despegue económico entre sus socios del club europeo. La verdad es que la economía alemana está obteniendo magras ventajas competitivas en el sufrimiento de los países de su entorno. Hubo un tiempo en el que las economías europeas tendieron a homogeneizar sus potenciales en la industria, en la formación de su capital humano, en su esfuerzo investigador e innovador.

Aquella tendencia al equilibrio se ha invertido claramente. Alemania es más primera potencia europea que nunca. Mientras españoles, italianos y franceses sacrifican sus sistemas educativos y sus inversiones en innovación sobre el altar del ajuste fiscal, Alemania consolida su ventaja sobre los demás en lo que Juan Ignacio Bartolomé sigue llamando el “reparto internacional del trabajo”. Mientras nosotros nos desangramos a cuenta de las recetas de austeridad “made in Germany”, nuestros mejores ingenieros, formados a cuenta del presupuesto español, emigran a Alemania para reforzar aún más la

economía teutona. Lo que no lograron Napoleón y Hitler a cañonazos, lo está consiguiendo Merkel a través de las instituciones comunitarias.

Pero no solo los alemanes obtienen beneficio de esta crisis. Los grandes especuladores de las finanzas necesitan un terreno libre y propicio para sus juegos de riesgo y acumulación. Las autoridades monetarias serias en Wall Street, en la 'city' londinense y en el sureste asiático no admiten ya las prácticas de casino que ponen en jaque los cimientos de sus economías reales. Sin embargo, en Europa sigue habiendo barra libre, porque los rectores de su Banco Central, lejos de servir al interés general de los ciudadanos europeos, tan solo sirve al interés de quien les pone, les quita y les manda, desde Berlín. A los especuladores también les viene bien la crisis y su lucrativa inestabilidad.

Y no conviene olvidar a quienes aprovechan la crisis para sacar de los cajones los programas políticos más reaccionarios, aquellos que acumulaban el polvo de los años durante los que nadie se atrevió a ponerlos en práctica. Pero la crisis legitima el discurso del sacrificio, y camufla el abuso como austeridad. Los españoles lo sabemos bien. Ahí está la reforma laboral que desarma los derechos de los trabajadores, y la amnistía fiscal que lava el dinero sucio de los criminales inmobiliarios, y los destrozos en el Estado de Bienestar, que abren la brecha de la desigualdad.

¡Claro que la crisis no afecta a todos por igual! Hay quienes trabajan para que no concluya demasiado pronto. Y el trabajo de los demás debiera ser el de desenmascararlos, denunciarlos y combatirlos.

Riesgo de quiebra social

Cuidado. La cuerda se está tensando demasiado, y puede romperse. Deben tenerlo en cuenta aquellos que desde la Europa opulenta juegan a demorar la reactivación económica en las naciones del Sur, para seguir ganando ventaja competitiva. Y aquellos que cada día siembran la incertidumbre y la desconfianza en la economía real, para multiplicar sus ganancias en el casino financiero. Y aquellos que cada viernes decretan recortes en las políticas sociales, para figurar como los campeones de la austeridad. Y aquellos que aprovechan la coyuntura de crisis y el miedo de la gente para sumar medio punto de ganancias, a costa de los despidos colectivos. Cuidado. Mucho cuidado. Porque la situación está llegando al límite. Y quizás se arrepientan.

El último informe del Consejo Económico y Social en España arroja datos “pavorosos”, según su propio presidente. Uno de cada cuatro hogares se encuentra en riesgo de pobreza. Más de 400.000 familias viven exclusivamente de la exigua pensión del abuelo. Ya hay más jóvenes menores de 30 años en paro que trabajando. Cada jornada, incluidos sábados y domingos, cerca de 200 familias son desahuciadas y expulsadas de sus hogares. En una gran ciudad como Barcelona el número de las personas sin hogar se ha elevado en un 32% entre 2008 y 2011, al tiempo que se han duplicado los habitantes en asentamientos ilegales.

Una cuarta parte de la población en edad laboral está en el paro, y cerca de 2,5 millones de desempleados lo son de larga duración. En el año 2008, cuando estalló la crisis, el índice de cobertura en las prestaciones por desempleo estaba próximo al 80%. Hoy nos acercamos al 60%, y cada mes se reduce un punto. Es decir, casi 40 de cada 100 parados ya no recibe ninguna ayuda pública. Un peligro más: la última prórroga para la vigencia del “subsidio de los 400 euros”

finalizó el mes de junio pasado, y el Gobierno aún no ha aclarado su continuidad en el futuro.

No se trata de generar alarma. Todos estos datos son incontestables, y dibujan un panorama muy preocupante. El coste más importante de la crisis se ha cobrado entre los menos pudientes. Más allá de los retrocesos del PIB, de la caída de los índices bursátiles o del castigo a la prima de riesgo, las consecuencias más lacerantes de la crisis se expresan en forma de paro, desahucios y precariedad social. El colchón de muchos años de buenas políticas sociales y la cobertura familiar han amortiguado los golpes hasta ahora. Pero el colchón ha adelgazado tanto que apenas protege ya a unos pocos.

Cuando el calor arrecia y nadie se ocupa de recoger el matorral seco, el riesgo de incendio es grande. Cualquier chispa puede iniciarlo. Mientras algunos hacen cálculos codiciosos, en lo económico y en lo político, la temperatura del malestar social en nuestro país está creciendo, y puede acabar con un estallido de consecuencias impredecibles.

Por ello, extraña que a la hora de enumerar “los riesgos sistémicos para nuestra economía”, algunos jamás se olvidan de la estabilidad de los grandes bancos, pero rara vez se acuerdan del riesgo de la quiebra social. Esperemos que no se den cuenta demasiado tarde. Y que rectifiquen antes.

Hoy, oposición útil

En todo caso, la responsabilidad de los socialistas pasa por trabajar para que la macroeconomía nos conduzca al progreso con justicia

social, y para que la microeconomía proporcione a cada ser humano los medios suficientes para vivir con dignidad conforme a sus derechos.

En eso estamos. Ahora, mediante la oposición útil. Mañana, aún más útiles desde el Gobierno.